
La esfera armilar

Autor .: Fer Persona

Siempre la veíamos salir por las mañanas muy temprano, cuando esperábamos el omnibus en la parada, congelados y acurrucados en nosotros mismos, apoyados en la columna de la garita y rodeados por los plátanos de Garzón. Caminaba con paso firme y pausado. Su presencia no pasaba desapercibida, ni siquiera para los más dormidos o distraídos. La gente joven era la más curiosa y, en grupos de dos o tres, abrazados a sus cuadernos y libros, comentaban jocosamente la apariencia de esa mujer tan peculiar.

Su imagen ominosa y abigarrada hacía imposible adivinar algo de ella. Llevaba un gorro de lana blanca sobre otro gorro de color negro que cubría sus orejas.

Un gran abrigo de paño negro dejaba ver unos pantalones negros. Y al final, allá abajo, unos zapatos negros atados.

Su casa se ocultaba detrás de un muro encolumnado que ningún muchacho del barrio se había atrevido a saltar jamás, porque esa mujer había sido temida por siempre. Siempre la habíamos visto como una vieja solitaria.

El epílogo de esta historia comenzó una semana antes de los hechos que les voy a narrar. Durante un partido en la calle, un tiro largo mandó el balón al patio de

la mujer. Toqué la campana de su portón para pedirle que nos devolviera la pelota que había caído en su jardín. Ella estaba por allí y se acercó al portón solemnemente. Me miró severa pero tranquila y me preguntó:

— ¿Qué quiere, joven?

— La pelota, señora. Se nos fue la pelota para su jardín. Fue sin querer.

Sin decir palabra, adelantó su mano oculta detrás de su cuerpo y la pelota estaba allí, sostenida apenas, flotando sobre sus dedos. Me la lanzó por encima de la reja.

— Muchas gracias. No va a volver a suceder —dije.

— Y si sucede —me respondió, insinuando una sonrisa—, que no sea a la hora de mi café.

— Disculpe —dije nuevamente, nervioso.

Ella entró lentamente, subió los escalones de la puerta y giró sobre sus talones para observarme. Yo aún estaba parado absorto, la veía tan de cerca y hablaba con ella no lo podía creer. Me quede junto al portón con la pelota bajo el brazo tieso.

— ¿Necesita algo más, joven?

— Me podría convidar con un café —dije de manera loca, sin saber por qué lo había dicho.

— Tu nombre es Andrés, ¿verdad?

— Sí.

— Bueno, Andrés, vení el sábado y te convidó con un café.

¡Sabía mi nombre! Me fui excitado con el gastado balón bajo el brazo. Los demás muchachos se habían desparramado, quizá convencidos de la pérdida de la pelota, como sucedía casi siempre con el resto de las “viejas” del barrio.

El sábado a la hora convenida me prepare , no dije nada en casa.

Mi madre le tenía pavor a la mujer y cambiaba de vereda cuando la veía venir.

Una salida al cine con amigos fue una buena coartada para salir

de casa sin que sospecharan. Crucé la Plaza Colón y vi las obras del Club

Olimpia avanzadas. Se insinuaba entre los andamios una enorme cúpula de

hormigón. Pasé por la calle Carve y en unos minutos estaría en la casa de la

mujer. Llegué puntual y nervioso. Tiré de la cuerda del portón, imaginando que

tiraba de una campana dentro de la casa, aunque no oí nada. Esperé, casi

convencido de que no saldría nadie, hasta que adiviné detrás de los vitrales de

la puerta una figura que se movía. Era ella, que lentamente abrió una hoja de la

puerta y bajó las cinco escaleras de mármol blanco gastadas en algún tiempo

lejano, por otras familias , otras gentes, otros seres aún más antiguos.

Me miró a los ojos, ni seria, ni sonriente, ni triste, ni

alegre, me miró solamente.

— Buenas tardes — saludó.

— Buenas tardes señora — respondí como me habían enseñado los viejos.

Entró delante de mí, siempre ataviada con tanto trazo encima.

Mi desafío personal se había cumplido. Estaba por fin frente a ella, solo dos tazas de café nos separaban. La tensión y el miedo me hacían temblar las piernas y mis rodillas se movían permanentemente.

— Viniste a oler estos olores, a ver estos muebles eternos, a ver el espacio armilar... Lo sé bien porque, aunque muy joven, te has dado cuenta de algo. Eso te hace diferente. Sabes..., sabes de la esfera armilar, el espacio infinito.

Me callé y bajé la mirada al café y las galletas de chocolate. Sabía que yo sabía, por eso me nombró por mi nombre.

El Espacio Armilar, ese infinito agujero negro que había tragado a tantos.

¿Cuántos no regresos? ¿Cuántos desaparecidos en un barrio tan pequeño?

Desaparecidos, digo, olvidados, porque el rengo García es hoy un olvidado del barrio. Pregunto por él y todos me dicen que no recuerdan ningún García.

¡García que nos corría a todos los gurises del barrio cuando la pelota caía en su patio! Y ahora me dicen que en esa casa nunca vivió un tal García, ni ningún rengo o que se le pareciera.

Recuerdo bien todavía hoy, después de tantos años, cuando sentado con otros niños debajo de la mesa de billar nos entreteníamos escuchando las charlas de los viejos. Y cuando el mismo García, el mismo rengo, levantando

cadenciosamente su pata izquierda para no engancharla en las tablas sobresalidas del boliche, decía: "Me levanto esa vieja y me olvido de mi pensión miserable". Y sus planes para caerle bien y congraciarse para poder invadirla al fin. Fin que llegó la misma tarde que el rengo cruzó estos muros que yo hace pocos minutos crucé.

Perdí las esperanzas y casi el recuerdo cuando me cansé de darle de comer a su perro hambriento y aullador. Cuando comencé a preguntar por él, ya nadie lo conocía, ¡a su vecino de treinta años! Para que un buen día un salón pentecostal llenara de himnos el barrio e hiciera desaparecer al perro y la memoria de su dueño definitivamente.

Pude preguntarle al pastor: "¿Y el señor que vivía acá?" "No sabemos nada querido hermano, esto es un regalo de Dios, una señora nos dio las llaves en usufructo".

Ese fue el inicio de mi obsesión estos años, que hoy al fin espero que finalice de una forma u otra. Porque hay algo más temible que desaparecer, algo incomprendible que me horrorizaba, era el recuerdo. Pues el olvido había inundado todo el barrio, todos habían participado de algo, mi familia, mis amigos, mis vecinos y habían olvidado.

¿Por qué yo no había padecido ese "mal"? ¿Qué había hecho yo para permanecer en ese estado de iluminación, viendo que poco a poco algunos

vecinos desaparecían sin dejar rastro y sin recuerdo? Alguien me dijo una vez, alguien que lo sabía todo, porque me habló de la esfera ... "Es la esfera interior que hay en la casa ,por allí se fueron, hijo", fue la primera respuesta de alguien sobre mis preguntas reiteradas .

Y hora lo recuerdo !, fue esta mujer, ahora lo recuerdo bien, no sé cuándo, ni dónde, y ahora estaba frente a mí, la única persona que había respondido sin dudar. Claro que sí, ella recordaba a cada uno de los desaparecidos. Ahora ato todos los cabos, era la única que podía saber los paraderos y el olvido absoluto de tantos.

Al ladrón contumaz , el ronco Cardozo, quien había azotado el barrio durante años, fue el primero en saltar el muro tras las joyas de la vieja. Luego, una mujer apodada Mecha, que trabajaba como doméstica, fue su último trabajo en esa casa. Dejó cinco hijos y a nadie le impresionó o le extrañó, ni siquiera a los gurises que, interrogados por la policía, decían haber vivido siempre solos, a pesar de que su ropa todavía colgaba de la cuerda de secar.

Y por último, el viejo Gómez, sanitario del barrio. Pregunté por él y me dicen que nunca hubo sanitario. Desde entonces, un deseo de alejarme de Colón y, a su vez, una pulsión morbosa por entrar en la casa habían luchado en mí, hasta que la última ganó sobreponiéndome al terror.

Tomé a sorbos el café, comí varias galletas, mi mirada divagaba por la sala.

— Cada tanto aparece alguien como vos, que se encuentra inmune al evento.

Me doy cuenta solo de mirar a las personas, por eso te lo dije en la calle hace unos años, eras chico.

—¿Y qué es, qué forma tiene?

— Es un espacio dentro de una esfera.

—¿Y qué pasa ahí?

— Pasa todo y no pasa nada.

— La verdad que no entiendo.

— Es un punto que estaba antes de que existiera el mundo y que va a estar después de que este pase.

—¿Qué pasará?

— Para la esfera, ya todo pasó.

— Lo sabe todo.

— Lo vio todo.

—¿Puedo verla?

— Si la ves, puede que termines como los demás.

—¿De lejos, desde la puerta, si me deja?

— Mira la esfera en su exterior, no mires las imágenes de su interior. Te atraparán para siempre.

—¿Y si me pasa algo?

----nadie se acordara de ti , nadie te reclamara, tus padres no te habrán
tenido nunca

Camine por el pasillo , temeroso , ella iba detrás mio ,vi el brillo que se colaba debajo
de la puerta, una sensación de vacío , de un ruido invadió mi cabeza , su mano se me
adelanto y giro el pestillo de la puerta , un intenso resplandor me deslumbró al instante,
los arcos de una esfera como de metal envolvían aquella luz que me enceguecía ,
entonces sentí un murmullo ,parecía que multitudes hablaban a la lejanía , llantos gritos
, ruidos cotidianos , como de carros , de autos ,campanas , arrime mi mano a uno de los
arcos de esa esfera metálica , estaba caliente , me resistí a mirar directamente , el techo
de la habitación parecía un cielo negro , no distinguía nada , a pesar de la luz no se
podía ver ninguna estructura, sentí que el aire entraba por la puerta y se dirigía hacia el
interior, me pareció ver sombras, alguien me grito o me pareció , igual no mire , había
decidido a no mirar , a sostener la vista fuera

Di un paso hacia atrás , sentí que la mujer estaba a mi lado , gire con los ojos casi
cerrados buscando la puerta , Sali , sin mirar, sentí en el pasillo que había vuelto al
mundo . sentí una náusea, un vértigo , sentí que había estado a punto de morir , o peor ,
a no existir jamás antes de hoy.

En la sala la mujer me dio un vaso con agua fresca , la tome de un trago casi , no
hablamos mas , ella no se opuso , me acompañó hasta la puerta, la saludé , sin mirarla
siquiera . me fui subiendo por la calle curva , con las piernas temblorosas

Llegue a casa y me recosté en mi cama , sentí un tango en la radio , meti la cabeza bajo la almohada , esa noche no quise comer, la vieja preocupada me hizo un te ----comes cualquier cosa con tus amigos --- me dijo amorosa .

Han pasado los años , no recuerdo su cara , la casa fue demolida , supe que un amigo personal de ella la había sobrevivido , retiro todas sus cosas , vendio la propiedad , ahora hay un complejo habitacional., los años pasaron , nunca lo conte hasta hoy doctor, se que usted esta acostumbrado a escuchar curiosas historias de vida , pero esta que le acabo de contar , estoy seguro que nunca la escucho